

conceder la autoridad Real al joven catequista *Sam-Keletoni*. Este joven jefe reúne á un excelente carácter y á una valentía ya probada una experiencia poco comun adquirida en los viajes que ha hecho en navios europeos. Con dificultad se hallaria en todos los archipiélagos un hombre mas capaz de hacer feliz á un pueblo. Otra fraccion de la poblacion indígena quedó al mando de *Muru-Muru*; pero aunque formaban dos campos, no por eso vivian menos amigos los naturales, esperando la llegada del obispo, el cual, decian ellos, designaria quien debia de reinar. Mons. Pompallier les hizo observar que la isla era muy pequeña para que tuviesen dos reyes, que la unidad del gobierno evitaria la reproduccion de las guerras intestinas que tan desgraciados les habian hecho hasta entonces y que harian bien en dar sus votos á un mismo jefe. Siguieron este consejo y por unanimidad fué elegido *Sam-Keletoni*.

»Durante nuestra estancia en Futuna, fué bautizado el rey *Sam-Keletoni* con su muger y su hija. Habiendo toda la poblacion pedido con lágrimas se le concediese la misma gracia, nos dedicamos con toda asiduidad á completar su instruccion con el auxilio de los catequistas de Ouvea; y despues de diez dias de preparacion dió Mons. el bautismo y la confirmacion á ciento catorce isleños. Celebróse la misa en la casa de aquellos reyes á quienes poco antes se les servia para desayuno hasta catorce hombres asados; bien habia de menester ser purificada por la immolacion del Dios que vino á abolir los sacrificios humanos (1).»

El misionero Verne dice tambien de esta isla en su carta arriba citada: «No creo que haya sobre la tierra una parroquia que se asemeje mas que Futuna á las costumbres de

(1) *Anales*, t. 13, n. 90, p. 427-429.

la primitiva Iglesia. En vez de tener que escitar á los neófitos á la piedad, nuestros HH., los PP. Favier y Servant, tienen mas bien que contenerlos y moderar su celo. ¡Cuán bello es ver á todos estos viejos comedores de hombres, hechos ahora mas mansos que corderos, entregarse por sí mismos á penitencias públicas y suplicar á los misioneros que no pongan límites á sus austeridades; y á aquellos feroces guerreros que bebían en cráneos humanos, dispuestos hoy á derramar mil veces su propia sangre por Dios y por los misioneros!»

El mismo P. Verne, de la sociedad de María, hablando de otra isla de aquellos países, se espresa así: «El 16 (setiembre de 1846) nos hallamos en frente de Opoulou. Esta isla tiene diez y siete leguas de largo y de setenta á ochenta de circunferencia; su poblacion se calcula asiende á unos cuarenta mil habitantes. Por la belleza de su posicion y por su inconcebible fertilidad es por lo menos igual á Taiti. A las diez tuvimos el gusto de abrazar á nuestro hermano el P. Roudaire, único misionero católico de la isla en medio de ministros protestantes. Hace justamente un año que se dijo la primera misa en Opoulou y que se erigió la mision con el título de Nuestra Señora de las Victorias, y ya son bien grandes los frutos de salvacion obrados por la intercesion de María. Apenas el *Arca de la alianza* ancló en la rada, nos asediaron de todas partes los isleños; llegaron en fila mas de veinte piraguas: los salvages nos estrechan la mano con la mas viva simpatía y de nada muestran tanto interés como de manifestarnos, haciendo la señal de la cruz, que son catecúmenos ó neófitos; luego quieren saber cómo nos llamamos y cuántos somos. La mayor parte llevan colgados al cuello su cruz, su rosario y su medalla de la Santísima Virgen. Entre ellos se encuentra un joven catequista y un jefe de Wallis, que han seguido al Padre

por afecto á su persona y para apoyarle en sus trabajos apostólicos. Muchos jefes de Opoulou unen sus instancias á las de los cristianos para obtener misioneros. En toda la tarde no cesaron de venir al buque los naturales, tanto que ya no cojian; todo les causaba admiracion, pero no habia cuidado de que echasen mano á ningun objeto; si alguno tocaban, le volvian á dejar en su sitio. Luego que fué de noche, se despidieron, saltaron á sus piraguas y se marcharon á sus habitaciones, improvisando durante el tránsito canciones en honor nuestro. Al otro dia desembarcamos. Delante de la casa del P. Roudaire hay una plaza muy linda, donde hay plantados cocos, y alli nos aguardaba una numerosa reunion. Todos vinieron á agruparse en derredor nuestro, hombres, mugeres y niños; repitieron lo menos cien veces nuestros nombres, y ahora, donde quiera que nos encuentran, vienen á cojernos la mano llamándonos por nuestro nombre. Esta deliciosa jornada terminó con cánticos cantados como en Francia...

»Al dia siguiente por la mañana dió sepultura eclesiástica á un angelito que el P. Roudaire habia bautizado tres dias antes. Durante toda la noche estuvieron los catecúmenos cantando y rezando delante del muerto, segun costumbre. Despues del entierro, habiendo uno de los jefes enviado un cochinito asado con frutos de los árboles del pan y una cesta de taros, me dijo el P. Roudaire que hacia un año que nada habia pedido á ningun isleño, que vivia al dia, pues no tenia harina ni provision alguna, y que sin embargo jamás se habia puesto el sol sin que él, el hermano coadjutor y los catequistas hubiesen recibido su alimento; prueba evidente de la solicitud divina en favor de los que se entregan enteramente á la Providencia.

»Mucho hemos sentido todos tener que separarnos de estos buenos isleños de Opoulou,

que nos han dado tantas muestras de interés, que tan solícitos han sido en prestarnos sus servicios, regalándonos cocos, bananas, ananas y frutas. No hay razon para calificar de salvages á unos hombres que lo son mucho menos que ciertas poblaciones de los países civilizados. El archipiélagos de Samoa, tan poco conocido y tan mal tratado por los geógrafos, es uno de los mas interesantes de toda la Oceania. Es muy probable que Mons. Bataillon traslade alli pronto su Silla episcopal, pues Wallis es muy pequeña y ofrece pocos recursos para los diferentes establecimientos que se propone formar. Ya he dicho y repito que nada iguala á la belleza de la isla y á la fertilidad de su suelo. Toda ella está rodeada de cordilleras de rocas á flor de agua, de manera que el mar, quebrando lejos el ímpetu de sus olas, se asemeja á un pacífico lago al rededor de Opoulou. La playa arenosa, que toca inmediatamente á la orilla, está toda cubierta de árboles de coco y de pan, parecen ya inmensos paseos trazados á cordel, ya salas de verdura. A su fresca sombra están diseminadas las casas, cuya arquitectura es de lo mas sencillo; en vez de paredes tienen una empalizada de cañas ó mambús; las esteras que cubren la tierra sirven de pavimento, de cama, de sillas y de mesa. El viento entra y sopla á su arbitrio por entre los claros ó rendijas del recinto sin necesidad de ventanas. Hay, sin embargo, en cada habitacion, una ó dos puertas de dos pies y medio de altas. Esta clase de construccion cuadra perfectamente á un país donde siempre es primavera, donde jamás están sin hoja los árboles, donde se duerme al raso mucho mejor que en las mas suntuosas habitaciones. Aquí no se sabe lo que son cerrojos, ni cerraduras; todas las cabañas, sin excepcion alguna, están abiertas, y jamás se comete el menor robo; la casa que sirva de



iglesia está también abierta de noche y de día como las demás; el caliz, los ornamentos y otros objetos sagrados están espuestos á la vista de todo el mundo; lo mismo sucede con la habitación del misionero, donde hay mil cosas capaces de excitar la curiosidad y codicia de los indígenas, y sin embargo jamás ha habido la más leve rapiña.

»Detrás de las casas hay unos mazorrales de papayos, bananos ó plátanos y otros árboles, que forman jardines atravesados por multitud de sendas; despues de estas plantaciones vienen los campos de batatas, de cañas de azúcar, de taros, de patatas y de ananas, regados por lindos arroyuelos; y es tanta su fertilidad, que un isleño no trabaja más de una hora por semana para alimentarse con toda su familia; en fin, por cima de las llanuras van escalonándose montañas ó más bien elevadas colinas, cubiertas de castaños, fresnos, y otros árboles, entrelazados con enredaderas ó bejuocos que ondulan á merced de los vientos ó se encaraman hasta su cumbre cubriéndolos de flores y de verdor. Estos bosques abundan en mirlos, en palomas, en ruiseñores, en cotorras, orvelas etc.; de modo que es un continuo gorgo (1).»

El obispo de la Oceania oriental reúne bajo su jurisdicción los archipiélagos situados al Oeste del 160 grado de longitud occidental, tales como las islas Gambier, Marquesas, O' Taiti, Sandwich. Hasta el año de 1834 los habitantes de las islas Gambier, cuya talla es generalmente de seis piés, eran salvajes y feroces, hasta el punto de comerse los prisioneros de guerra que hacían.

En 7 de agosto de 1834, llegaron allí dos misioneros católicos rezando la *Salve Regina*. Lo primero que hicieron fué trazar en la

arena la señal de la Cruz, como para tomar posesion de aquellas islas en nombre de Cristo. Los niños fueron los primeros que se acercaron á ellos, y viendo los hombres y las mujeres que sus hijos eran acogidos con tanta benevolencia por los extranjeros, fueron también acercándose á estos y los convidaron á una de sus fiestas. Era cabalmente una orgia de las más infames. Habiéndose mostrado horrorizados los dos extranjeros, tomaronlo á ofensa los isleños y meditaban una venganza. Era ya la caída de la tarde, y habiéndose alejado con cautela los dos misioneros, se ocultaron en un cañaveral á la orilla del mar. Por la noche fueron los salvajes y le prendieron fuego. Ya los dos misioneros estaban á punto de ser abrasados y cogidos cuando hallaron medio de deslizarse sin ser vistos por la falda de una montaña vecina y trepar hasta su cumbre. Los salvajes que miraban aquel cañaveral y aquella montaña como la morada de los demonios, se quedaron sorprendidos cuando al siguiente día vieron salir de allí sanos y salvos á los dos extranjeros. Así es que desde entonces los miraban como más poderosos que sus dioses.

Poco á poco los dos misioneros, que eran los señores Caret y Laval, fueron aprendiendo la lengua de los salvajes y les hablaron de Dios y de su culto. La palabra de Dios en su lengua parecía causarles más bien terror que confianza, y así es que se quedaron muy sorprendidos y gratamente sorprendidos, cuando se les dijo que el verdadero Dios era bueno; y más aun se sorprendieron al saber que podían amarle con todo su corazón y con toda su alma. El deseo de instruirse se hizo muy general, así entre los jefes como entre el pueblo. Las dos islas de Akena y de Akamaru hicieron mayores progresos, pues no tardaron en notar la diferencia entre los misioneros católicos y los misioneros protestantes, porque sabían que los había en la isla de Taiti. «Ellos com-

(1) *Anales*, t. 20, p. 340.

prenden perfectamente, escribía el señor Laval en 26 de marzo de 1835, que Jesucristo escogió doce Apóstoles, cuyos nombres saben; que San Pedro es el jefe de la Iglesia; que Jesucristo dió todos los poderes á Pedro y este los trasmitió á los demás. Saben igualmente muy bien que nuestros poderes vienen de Dios. Hé aquí su encadenamiento: Mons. Estéban, el vicario apostólico de la Oceania oriental, nos los ha dado á nosotros; á él se los dió el Papa Gregorio, á este gran misionero se los dió San Pedro, y á este, de quien aquel es sucesor, se los dió Jesucristo. «Entonces, nos dijo un día el jefe de Akamaru, vuestro poder viene de Dios. Cuando venga aquí un misionero, yo le preguntaré quién le ha enviado, y si me dice que no le ha enviado Gregorio, le diré; pues véte, que tú no eres misionero de Jesucristo. Le preguntaré despues: ¿de quién son esos chicos y esa mujer? «Mios» me dirá. Pues bien, márchate de aquí, le responderé, que tú no eres misionero; pues Dios no tiene muger, ni la tuvo Jesucristo, ni Tareta (Caret) la tiene, ni la tiene Tarava (Laval). Nosotros somos de Pedro, y tú no eres más que un hombre como nosotros.»

En el mes de abril de 1835 los dos misioneros habían ya preparado unos doscientos catecúmenos para recibir el bautismo; pero deseaban reservar estas primicias de la nueva iglesia á su obispo Mons. de Nilopolis, vicario apostólico de la Oceania oriental. Como tardaba en venir el obispo y los salvajes pedían á grandes gritos el bautismo, los misioneros estaban ya á punto de acceder á sus deseos, cuando hé ahí que aparece un navío y en él iba el pontífice tanto tiempo esperado. Hubo una alegría indecible en las cuatro islas, especialmente en las de Akena y de Akamaru, ya enteramente cristianas. Los isleños no se hartaban de mirar al obispo y á sus

ornamentos, particularmente su báculo y su mitra. Lleváronle en procesion desde la cabaña de los misioneros á la iglesia, y luego de esta á la cabaña. La iglesia era de madera y de ramage. Despues de la misa solemne hicieron al obispo un honor desconocido en Europa. Cuando en estos pueblos aman á alguno y le estiman, le proclaman rey, sin pretender por eso menoscabar los derechos del que los gobierna, y van á pagarle tributo. Vimos pues muy luego, dice el señor Laval al jefe de la isla dar orden á todos los padres de familia, y un momento despues presentaronse todos los habitantes de la isla, unos cargados de cocos, otros de cañas de azúcar, otros de frutos de pan y de *tioho*. Erigióse una silla á S. I., es decir, se colocó una gamella ó artesa sobre dos piedras grandes y luego se cubrió todo con estera del país. Acabado que fué este bello trono, colocóse en él el obispo, rodeado de sus cuatro sacerdotes y de sus catequistas; entonces el pueblo vino á proclamarle rey y arrojó á sus pies todos los tributos. Acabada la ceremonia, el obispo bendijo delante de todos todo lo que se le acababa de ofrecer, y dispuso que la mayor parte de aquellas ofrendas se quedara en depósito y como en reserva, para que cuando hubiese escasez de víveres se pudiera socorrer á los que lo necesitasen. S. I. prometió despues, en calidad de rey, hacer pronto una pequeña distribucion de indianas para que cubriesen su desnudez, y de aquí tomó margen para excitarlos al trabajo; las promesas y los avisos, dados por medio de intérprete, fueron acogidos con el gozo de un día de fiesta.

Hé aquí algunos más pormenores recojidos de boca del señor Caret, á quien tuve el honor de conocer en Rennes. Un día en que este misionero bautizó á muchos de aquellos salvajes, dijéronle los niños y los jóvenes al salir del bautizo: «De aquí en adelante tú



eres mi padre.» Los hombres y las mugeres de una edad media: «De aquí en adelante tú eres mi hermano.» Los hombres y mugeres de edad ya proveya: «De aquí en adelante tú eres mi hijo.» Y todos añadian: «De aquí en adelante todo lo mío es tuyo.»

Algun tiempo despues resolvieron los misioneros que el señor Caret viniese á Europa, y esta noticia llenó de tristeza á los isleños, pues todos temian no volverle á ver y todos acudian á manifestarle su pena. Entre otros fué un gefe, acompañado de su hijo todavia niño y de su padre ya anciano, y le dijo: «Tú dices que volverás; pero será cuando este niño tenga tan blancos los cabellos como este anciano.» Para tranquilizarles, tuvo que referirles todos los paises y todas las ciudades por donde habia de pasar, cuánto tiempo estaria en ellas, y cuándo volveria; los buenos salvages recapitulaban con el mayor cuidado los nombres y los tiempos.

El señor Caret vino efectivamente á Europa, estuvo en Paris y en Roma. El 20 de diciembre de 1838 estaba ya de vuelta en la isla de Akamaru en una goleta inglesa. Su llegada se celebró con una fiesta general en todas aquellas islas, siendo recibido con todas las demostraciones del mas sincero regocijo. Inmediatamente se fué á la iglesia para orar allí todos juntos. Dirigió entonces á los fieles algunas palabras acerca de su viage, y ni siquiera le perdieron una palabra, pues llegaron hasta decir de memoria todo su itinerario desde Mangareva hasta Roma, nombrando todos los puertos y ciudades por donde habia pasado. El 22 de diciembre, añade Caret, hicimos nuestra primera visita á Mangareva, la isla principal, residencia del rey y de todos los gefes. ¡Qué de aclamaciones saludaron mi llegada! A pesar mio tuve que dejarme llevar por este buen pueblo hasta la casa del rey. Allí subí sobre una gran piedra para decir

cuatro palabras á la multitud que al rededor estaba sentada. El rey y su tio, que fué en otro tiempo el gran sacerdote de los idolos, se sentaron á mi lado, y les referí mi viage. Al oír su relato, deslizábanse las lágrimas de los ojos de nuestros cristianos. El capitán del navío que nos habia conducido no pudo contener las suyas al ver la afectuosa recepcion que se nos hacia. Caret llevaba al rey Maputeo un vestido régio de parte del Papa; y una espada magnífica, de parte del rey de los franceses. En el bautismo habia tomado Maputeo el nombre de Gregorio en honor del Papa. Al ver esos regalos no cabia en sí de gozo. Sus súbditos recibieron tambien vestidos. Era ya cerca de la fiesta de Navidad y en esta en la misa de las doce de la noche comulgaron quinientas personas en una sola iglesia. Estos pueblos han cambiado enteramente. Habitados por espacio de siglos enteros á la mas completa pereza, van aficionándose al trabajo y le santifican con la oracion y con cantares piadosos. Impulsadas por sí mismas las buenas doncellas formaron dos comunidades para orar mejor y trabajar juntas. Hé ahí lo que Dios ha obrado en el espacio de tres ó cuatro años por dos ó tres sacerdotes en tres ó cuatro mil antropófagos.

De las islas Gambier, el P. Francisco Caret marchó con algunos de sus hermanos á las islas Marquesas á comenzar la misma obra; otros á la isla de O'taiti; y otros estaban ya en las islas Sandwich. En 1844 el buen P. Caret volvió á las islas Gambier para descansar y morir en medio de sus muy queridos hijos, que habian visto desolado su archipiélago por un terrible huracan y una mortífera epidemia, sin que por eso disminuyese su fervor. «Todo lo que los navegantes nos dicen de estas islas, escribia un misionero en 28 de diciembre de 1844, nos llena de admiracion y de gozo. Los naturales son

tan dulces, tan afables, tan agradecidos que bien pueden ser propuestos por modelo á todo el universo. Ultimamente he visto yo ocho de ellos que se habian embarcado como marineros á bordo de una goleta, y vinieron á mí con una confianza filial, saludándome con el nombre de Padre. Todos ellos habian asistido al P. Caret en sus últimos momentos y no podian hablar de él sin que se les saltasen las lágrimas (1).»

En las islas Marquesas, como en otras partes, hubo al principio cruces y penalidades; pero á ellas se siguieron los consuelos. El día de Navidad, 25 de diciembre de 1844, fué bautizado allí Maheono, rey de *Tauata*, y la reina su muger. En las islas de Taiti y de Sandwich los misioneros católicos sufren la mas violenta oposicion, no de parte de los naturales del pais, que antes bien los aman y los desean, sino de parte de los emisarios metodistas ó wesleyanos, que han logrado se les destierre ya hasta por dos veces. Particularmente en las islas Sandwich los neófitos católicos han sufrido desde 1830 una cruel persecucion de parte de los emisarios del protestantismo, que eran los que dirigian y dominaban con su influjo á los gefes del pais. Hombres, mugeres y niños, eran metidos en la cárcel, cargados de cadenas y condenados á obras públicas y á la tortura. Como una prueba de ello, hé aquí lo que se lee en la *Gaceta protestante* de las islas Sandwich de 29 de junio de 1839:

«El lunes por la mañana, dos mugeres, una de cincuenta años, y otra de treinta, fueron conducidas á la presencia de los gefes del palacio de la regente, acusadas del crimen de ser católicas. Todo el día permanecieron en el patio de la casa, donde fueron interrogadas por algunos subalternos; y por la noche

se dió orden de aplicarles la tortura hasta que renegasen de su fé. Entonces comenzó una escena de crueldades que no hay pluma que pueda describir; pero cuya espantosa realidad podemos garantir, desafiando á que se nos desmienta. Conducidas al fuerte á las cinco de la tarde las dos pobres prisioneras se las intimó una y otra vez que renunciasen la Religion católica y abrazasen la religion de Bingham (este es el ministro calvinista); mas ellas respondieron negándose rotundamente á ello y prefiriendo los tormentos y la muerte á la apostasia. Entonces la mas anciana de las dos fué colocada debajo de un árbol seco; sus brazos fueron atados á una de las ramas con manillas ó esposas de hierro; por manera que la infeliz estaba colgada por las muñecas, y apenas podia tocar el suelo con las puntas de los pies. La otra muger fué llevada á una casa cuyo techo iba descendiendo bastante abajo hácia el suelo; sus brazos magullados alrededor de una viga saliente fueron atados á ella con esposas de hierro, á una altura de seis pies. En esta postura se la sujetaron los pies con una cadena, y su rostro, vuelto hácia el techo, se hallaba tan próximo á este que las espinas que tenia el rastrojo ó bálago de que era el techo la punzaban y hacian sangre. Durante la noche cayó á torrentes una violenta lluvia sobre las dos mugeres; y al día siguiente, cuando apareció el sol en todo su brillo, cuando desde lo alto del cielo derramó sus mas vivos ardores, sus rayos cayeron á plomo sobre la desnuda cabeza de las pacientes, cuyas fuerzas se agotaban en medio de los prolongados horrores de tantos tormentos. En esta espantosa situacion fueron halladas por una numerosa sociedad de residentes extranjeros que visitaron el fuerte á eso de las once de la mañana y que tomaron de su cuenta el libertarias. Desatadas del madero del suplicio, con las manos desgarradas y la cabeza

(1) *Anales*, t. 19, n. 110, p. 27.



abrasando, cayeron sin sentido. Sus tormentos habian durado diez y ocho horas, y es probable que, á no ser por la oportuna intervencion de los estrangeros, hubieran muerto en el sitio pocas horas despues.—Uno de estos caballeros caritativos, que entró en el fuerte antes que los otros, y que no pudo menos de afectarse ante el triste espectáculo que se presentaba á su vista, corrió á decirselo al señor Bingham, creyendo que seria bastante poderoso para socorrer á las dos prisioneras.—El ministro estaba subiendo en un carruaje, y habiéndole suplicado en nombre de la humanidad se dirigiese al sitio donde estaban padeciendo las infelices, replicó que «sin duda aquellas mugeres eran castigadas por algun otro motivo y que por otra parte él ni podia ni queria intervenir en la ejecucion de las leyes del pais.» Al decir esto, echó á trote el carruaje y se marchó.—Tal es el testimonio que la *Gaceta protestante* de Sandwich da de los misioneros del protestantismo.

Despues han mejorado las cosas en las islas Sandwich. Una fragata francesa fué á hacer respetar en aquellas playas lejanas los derechos del catolicismo y de la humanidad, ultrajada por espacio de diez años. Comenzó una nueva era, y la fé, sin otro privilegio que la libertad de hablar y de obrar, está haciendo numerosas conquistas entre unas poblaciones favorablemente preparadas por el espectáculo mismo de la injusticia y de la brutalidad protestantes. Escriben de Oahu que el P. Walsh, uno de los sacerdotes desterrados poco antes por la persecucion, ha hecho desde su regreso mas de mil conversiones. Para que los neófitos no se perviertan en las escuelas protestantes, los misioneros católicos se han hecho tambien maestros de escuela. El resultado es admirable. En la isla de *Honolulu* presentaron en noviembre de 1844 á exámen público seiscientos chicos,

delante de los cónsules inglés y francés y otros residentes estrangeros. Todo el mundo vió que los alumnos católicos habian adquirido mas conocimientos en solos seis meses que los de los metodistas en diez años. Con fecha 1.º de noviembre del mismo año escribia un misionero lo siguiente: «Paso en silencio las vejaciones de todas clases de que he sido objeto ó testigo causadas por los metodistas, porque todo esto es poca cosa comparado con las penas que sufren nuestros hermanos en las demas misiones, y sobre todo con lo que el Divino Salvador padeció por nosotros. A pesar de eso somos felices; mas no sucede lo mismo á los que nos persiguen. Ellos viven en un continuo tormento, al ver que la confianza de los cristianos va creciendo como su número; así es que hacen los mayores esfuerzos por siquiera retardar los progresos del Evangelio; mas no pueden conseguirlo, pues el cielo no cesa de bendecir nuestros trabajos; comenzamos ahora y ya son sorprendentes los adelantos de nuestros hijos. El P. Magret tiene gran número de discípulos que algun dia podrán ser buenos maestros de escuela, y ha compuesto en verso y en la lengua del pais muchos compendios de historia. Uno de estos tratados, que nosotros llamamos *Los Siglos*, contiene los principales hechos acaecidos desde Jesucristo hasta nosotros; todos nuestros muchachos salvajes lo saben de memoria y lo cantan diferentes veces del modo que mas les place. Los niños de las escuelas protestantes, habiendo aprendido algunos trozos, á fuerza de oirlos, se complacen tambien en repetirlos para que los oigan sus maestros, lo cual sin duda no agrada mucho á estos sectarios, sobre todo cuando se les recita la estrofa de Lutero y de Calvino; y cabalmente esta es la que nuestros discípulos han enseñado con preferencia á los jóvenes protestantes. Estos

muchachos, aunque educados por los metodistas, nos aman y no temen manifestarlo así, cuando pasamos por donde viven: muchas veces nos ha sucedido verlos salir súbitamente de su escuela y venirse corriendo á nosotros para darnos los buenos dias, á pesar de los esfuerzos del maestro para detenerlos. Cuando nos separamos de alguna tribu, despues de haber estado en ella algun tiempo, nunca dejan de acompañarnos con los jóvenes católicos, y andan á porfía sobre quién nos hará mas caricias; todos se alegran cuando están con nosotros y repiten de memoria los cánticos que les enseñamos. Esperamos que Dios se compadecerá de estos pobres pequeñuelos que nos parecen tan amables y que no se retardará mucho en llegar la hora de las misericordias. En efecto, la fé va haciendo aqui todos los dias progresos bien capaces de estimular á los fieles de Europa para interesarse por las misiones de la Oceania. En esta sola isla y en solo un año han abandonado los caminos del error mas de cinco mil personas para seguir los de la verdad, donde gustan ahora ese gozo puro y esas delicias que antes les eran desconocidas (1).» Por último, el número de católicos que á principios de 1844 era solo de algunos cientos en este archipiélago, pasaba ya de quince mil en 1847 (2). Y aún habrian sido mas numerosas las conversiones, si el obispo de Nilópolis, á quien se esperaba en aquella comarca á su regreso de Europa, no hubiese naufragado con sus veinte y seis compañeros, al doblar el cabo de Hornos en el año 1842; pues, como lo estuvo San Pablo, tambien están espuestos los hombres apostólicos á los peligros del mar. Para disminuir estos peligros, formóse en Francia en el año 1844 una sociedad marítima cuyo objeto

es ayudar con su influjo, con sus recursos y sus medios de trasporte á los misioneros en su obra de fé y de civilizacion. En 1845 se compró un grande y hermoso navio, que fué bendecido por el obispo de Nantes, dándole el nombre de *Arca de la Alianza*, *Fœderis Arca*, el cual desde entonces no ha cesado de recorrer el Océano. Los que quieran formarse una idea viva de lo que Dios hace y está continuamente preparando en el mundo deben de leer habitualmente los *Anales de la Propagacion de la Fé*, que son como una continuacion de los *Hechos de los Apóstoles*.

Desde 1800 á 1848 ha sufrido la América nuevas trasformaciones políticas. El Brasil se separó de Portugal y forma un imperio á parte. Otras colonias portuguesas del Nuevo Mundo han tomado otra forma de gobierno. Los imperios de Méjico, del Perú, las provincias del Paraguay, de Chile y otras se han separado de España y trasformándose en repúblicas; trasformaciones que respecto de Méjico no han terminado. Por lo que hace al gobierno eclesiástico, este no ha cambiado en el Brasil; y la Santa Sede le ha regularizado en los nuevos Estados de la América meridional. Debe esceptuarse Méjico, donde las continuas revoluciones no han permitido todavia á la Iglesia restablecer el orden; así tambien Méjico continúa perdiendo provincias, las Floridas, Tejas y recientemente otras, que van á engrosar la gran confederacion de la América septentrional, conocida con el nombre de *Estados Unidos*, donde desde hace medio siglo vemos irse formando una Iglesia llena de vida y de actividad y que, única en el universo, celebra periódicamente y con la mayor regularidad sus concilios en su metrópoli de Baltimore. En la América septentrional y mejicana se cuentan todavia mas de cuatro millones de salvajes; entre ellos hay ya algunos católicos, como, por ejemplo, los iroque-

(1) *Anales*, n. 90, p. 378.(2) *Ibid.*, t. 19, n. 110, p. 121 en la nota.